COMUNICACIONES

"LA EDIFICACION EN EL AMOR COMO RESPUESTA A LA VIOLENCIA"

Por **ESTEVE ALBERT**
Director escénico

Todos estamos de acuerdo en que debe educarse al niño en el amor, el respeto hacia los demás y no en el ejercicio de la violencia; ahora bien, hallar la fórmula para la aplicación de este acuerdo en una época en que en las pantallas de televisión y de cine, y en las publicaciones infantiles, los héroes triunfan por sus puños y sus metralletas, es harto difícil.

Más difíciles va haciéndose el hallazgo de unas formulas eficaces cuando el teatro se ve obligado a efectismos y truculencias para despertar el interés y la curiosidad del niño actual, dado que lo blandengue y lo suave se desprecia como definitivamente periclitado.

Por ello aconsejamos a los autores que no rehúyan la temática de la violencia, sino, por el contrario, acometieran argumentos de la índole hoy día corriente y predominante pero con suficiente ingenio y fuerza catártica para que la acción violenta en ella desarrollada provocase la indignación y el desprecio del público infantil.

Deben ofrecerse al niño héroes que por su inteligencia y su bondad triunfen de los malvados y los violentos, y aún mejor, deben agenciársele ejemplos de fracasos debidos al haber preferido el protagonista utilizar la fuerza y la violencia a la persuasión y la grandeza de ánimo.

Debe también ponérsele de manifiesto que la crueldad y la crudeza inspiran repulsión en las almas nobles y que las acciones generosas, compasivas, lenitivas, provocan en el prójimo, hasta en el eventual adversario, reacciones de agradecimiento profundo, de afecto, de admiración, de sincera y leal reconciliación.

Queremos decir con todo ello que el autor de teatro para la Infancia y la Juventud, en su afán de contribuir a la paz y la convivencia del mundo futuro, dado el ambiente cargado de violencias (y de excitación a la misma) que hoy reina en todas partes, corre el riesgo de no alcanzar éxito ni predicamento alguno si en sus obras se limita al simple sermón, a la simple exaltación del pacífico pacifista o a una confrontación dialéctica en la que el violento es condenado sistemáticamente.

Desgraciadamente, el teatro de las hadas y de los ángeles (al que se volverá algún día con la ilusión de antaño), hoy no levanta entusiasmo ni entre los más pequeños y más ingenuos. Ocurre lo mismo que en los cuentos y novelas rosa y blanco, ya que sólo la trepidación, la revulsión, la excitación atraen al niño en nuestros días. Pártese, pues, de las mismas para poner sus excesos y violencias en ridículo y en descrédito, como factores de lamentables males y desventuras. Si alcanzamos a crear obras de suficiente valor e interés a este respecto, contribuiremos eficazmente a despertar un sentimiento de profunda aversión, una sincera repugnancia hacia este erróneo y general proceder de los publicitarios que, irresponsablemente, excitan los instintos de crueldad de los niños y jóvenes.

Esta campaña al Teatro para la Infancia y la Juventud puede motivar una fuerte corriente de condenación de los procedimientos de violencia, de fuerza y de temor si logra crear unos héroes que emocionen al público infantil, tan apto y predispuesto siempre a las idalizaciones, a las simplificaciones, a la diversión de los hombres buenos y malos, división que, aunque la moderna pedagogía entiende que debe atenuarse, en orden al Teatro, y sobre todo a la personalidad de los protagonistas, deberán siempre mantenerse en vilo.

Es esta una cuestión que no debe ser tenida muy en cuenta cuando de Teatro para la Infancia se trate.

ESTEVE ALBERT